

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Aunque algunos personajes y circunstancias que en él aparecen se basan en hechos reales, cualquier referencia a personas, acontecimientos o lugares está al servicio de la ficción o son obra de la imaginación de la autora.

Título original: *The Museum of Failures*

© 2023, Thrity Umrigar. Publicado originariamente por Algonquin Books of Chapel Hill.

© 2026, de la traducción por Begoña Prat Rojo

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87788-07-0
DL: B 1.735-2026

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Rafael Medel López

Impreso en marzo de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Thrity Umrigar

El niño que vino del silencio

Traducción de Begoña Prat Rojo



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

*A Judy Griffin,
que ama este mundo*

Después de la primera muerte, ya no hay otra.

DYLAN THOMAS

El Museo del Fracaso, en Helsingborg (Suecia),
era una colección de productos y servicios fallidos.
Ahora se ha transformado en una exposición
itinerante que recorre el mundo.

LIBRO PRIMERO



Capítulo 1

Los cuervos se pasaron la noche entera peleándose mientras Remy Wadia, con el horario cambiado por el viaje, se esforzaba por conciliar el sueño en una cama desconocida. De vez en cuando, un perro aullaba con un sonido de una melancolía escalofriante y Remy tenía que taparse los oídos con la almohada. Oyó el rugido de una moto y miró el despertador: las dos de la madrugada. Pocos minutos después, estaba a punto de quedarse dormido cuando lo sobresaltaron unas voces elevadas procedentes de la calle. Maldijo entre dientes y apartó la sábana de un manotazo. Finalmente, a las seis de la mañana, y a pesar de su temor a despertar a Jango y Shenaz, que dormían en la habitación contigua, se levantó para ir al baño anexo y luego salió al balconcito de su dormitorio.

Mientras se apoyaba en la barandilla, una ligera brisa marina hizo ondear la fina *sadra* de muselina sobre su piel. Miró hacia las copas de los árboles. ¿Qué era lo que había hecho graznar a los dichosos cuervos durante toda la noche? Había algo inquietante y perturbador en sus chillidos nocturnos, pero, al fin y al cabo, eso también formaba parte de Bombay: los pájaros eran tan desafiantes y absurdos como el resto de la ciudad. Se preguntó si su madre también estaría despierta. El edificio donde vivía se hallaba a tan solo unas calles del de Jango, donde él había pasado la noche después de que su amigo lo recogiera en el aeropuerto.

Remy bostezó; el vuelo desde Columbus, en Ohio, había sido largo, y estaba agotado. Luego se recordó a sí mismo el motivo de su visita a la India y lo embargó la emoción. La sobrina de Shenaz, Monaz, vendría a las diez de la mañana. Pensó en darse una ducha rápida, pero le preocupaba que el ruido del agua al correr despertara a sus anfitriones. Aun así, quería estar presentable cuando llegara Monaz y borrar cualquier rastro de cansancio. «Las primeras impresiones suelen ser las últimas», decía siempre su padre.

Su padre. El recuerdo de aquel hombre bullicioso y de gran corazón dibujó una sonrisa en su rostro. Era la primera vez que regresaba a la India desde la muerte de Cyrus tres años atrás. Desde entonces no había visto a su madre, y Remy sintió la habitual punzada de culpa al pensarlo. Bueno, la vería en unas horas; la sorprendería presentándose en su puerta sin previo aviso. Quizá las cosas serían más apacibles entre ellos ahora que su padre ya no estaba y Remy no tenía que protegerlo de las quejas y las incisivas pullas de su madre.

Un cuervo solitario alzó el vuelo desde un árbol y pasó revoloteando frente al balcón. Los odiaba desde niño, cuando uno había descendido en picado y le había robado el bocadillo de la mano con un pico tan afilado que le hizo un corte en el dedo. Remy se frotó el pulgar con el índice, siguiendo el rastro de aquella herida que se había convertido en una leve cicatriz. ¿Qué edad tendría aquel domingo en que había ido al zoo con su padre? Fue un día feliz, pero enmarcado por el desastre.

Sus padres habían planeado una excursión diferente, pero algo había ido mal. Habían discutido. Remy cerró los ojos al recordar el murmullo de voces, constante e incesante como la lluvia, procedente del dormitorio de

sus padres. Cuando su madre salió al fin, tenía los ojos enrojecidos. Una oleada de indignación se había apoderado del pequeño Remy, que corrió a abrazarla para darle consuelo. Por eso se quedó atónito cuando ella lo apartó con brusquedad.

Cyrus había salido del dormitorio justo a tiempo de ver tropezar a Remy y, al fijarse en las lágrimas que asomaban a sus ojos, su rostro se encendió por la ira.

«Qué vergüenza, Shirin –le había dicho a la madre de Remy–. ¿Descargas tu *kbunnas* hacia mí sobre un niño inocente?».

Ya era demasiado tarde para detener el aluvión de recuerdos: el dolor de su madre transformándose en ira, su acusación contra Remy por estar fingiendo solo para ganarse las simpatías de su padre, los chillidos de indignación de Cyrus, la mirada que su madre le había lanzado antes de encerrarse en su habitación.

El niño se había escabullido hacia su propio cuarto, pero, al cabo de unos minutos, Cyrus había aparecido en su puerta con expresión sombría.

–Que me parta un rayo si voy a desperdiciar este día tan bonito esperando a que Shirin entre en razón –había dicho–. ¿Adónde te gustaría ir?

Remy no tuvo que pensarlo.

«Al zoo», respondió. Varias semanas atrás había nacido un bebé elefante. Jango había ido la semana anterior y no paraba de hablar de ello.

«Hecho –dijo Cyrus–. Ponte los zapatos y los calcetines».

Se detuvieron en el mercado y compraron tres cocos y una bola de *jaggery*, dura como una piedra, para alimentar a los elefantes. Remy chilló de emoción cuando los elefantes adultos aplastaron los cocos con una pata, partiéndolos en dos mitades, y extrajeron la pulpa con

destreza; y gritó de alegría al ver los torpes intentos del pequeño elefante por imitar a sus padres.

Al salir del recinto, Cyrus había pasado un brazo por los hombros de Remy.

«¿Feliz? –le preguntó, y Remy asintió–. Bien –continuó Cyrus–, porque en esta vida solo tienes dos trabajos, hijo: ser feliz y hacer felices a los demás. ¿Lo entiendes?».

Remy se había preguntado qué tipo de trabajos tendría que conseguir para cumplir esa promesa, pero por el momento se conformó con asentir.

«Sí, papá».

Iban hacia el recinto de los tigres cuando el estómago de Remy se puso a rugir. Miró a su padre, avergonzado, pero él no pareció darle importancia. Cyrus metió la mano en la bolsa y le entregó a su hijo el sándwich de pollo que había llevado. Remy le dio un bocado; estaba delicioso. Al abrir la boca para dar un segundo mordisco, hubo un aleteo, seguido de una conmoción y la imagen de sangre reluciente en su dedo. Remy tardó un minuto en darse cuenta de que el sándwich ya no estaba en sus manos y empezó a gritar por la sangre.

«Tranquilo, campeón, tranquilo –murmuró Cyrus–. Ven, déjame ver. –Sacó el pañuelo y se lo ató en el índice–. Maldita sea. Venga, vámonos».

Cuando llegaron al piso del doctor Surati, los gritos de Remy se habían reducido a sollozos ocasionales de dolor e indignación por el sándwich robado. Decidió guardarse piedras pequeñas en el bolsillo para arrojárselas a aquellos siniestros y atrevidos pájaros que parecían estar por todas partes en Bombay.

«Los odio», dijo, y Cyrus emitió un sonido de consuelo. El doctor, que era un viejo amigo de la familia, se echó a reír.

A Remy le pusieron tres puntos y su recompensa por haberse portado como un valiente fue la promesa de su padre de llevarlo al cine la semana siguiente. Cuando regresaron a casa, Shirin echó un vistazo al dedo vendado y cubrió a Remy de besos.

¡Qué voluble era su madre! Aun así, su complicada relación con ella, la prisa con la que había escapado a Estados Unidos para reunirse con Kathy tras la muerte de su padre, como si huyera de las olas de un océano crepuscular, todo eso, con suerte, había quedado ya atrás. Por primera vez, lo que lo había llevado a la ciudad donde nació no era la corriente del pasado, sino la marea del futuro.

Cuando Remy salió de la ducha, el resto de la casa ya estaba despierto. Mientras se vestía, oyó el tintineo de cacharros en la cocina y percibió el olor del té preparado al estilo parsí, con menta fresca y hierba de limón. Llamaron a su puerta y, al abrirla, se encontró a Jango con su *sadra* y el pantalón del pijama.

–*Saala*, ¿ya te has duchado? –dijo su amigo, y tras aspirar en dirección a Remy sonrió–. El olor de la loción para después del afeitado llega hasta aquí. ¿Qué pretendes, seducir a mi mujer con tu rollito de estadounidense moderno?

Remy le devolvió la sonrisa. Cualquier atisbo de incomodidad que hubiera sentido por molestar a sus amigos la noche anterior desapareció ante la irreverencia característica de Jango. Superpuesto sobre aquel hombre fornido cuya cintura empezaba a engordar estaba el chico bromista que se había hecho amigo del taciturno Remy el primer día de segundo en la escuela.

–Ven –dijo Jango–. El té está listo. ¿Qué te apetece para desayunar?

–Cualquier cosa. ¿Igual unas tostadas?

Jango le dedicó una mirada maliciosa.

–¿Igual unas tostadas? –lo imitó, y le dio un golpe en la espalda mientras recorrían el corto pasillo hacia el comedor–. ¿Kathy te ha convertido en un conejo anémico o qué? *Arre, saala*, estás en una casa parsi, no en un maldito monasterio. Si te doy un desayuno sin los indispensables huevos, nata y mantequilla, tendré que renunciar a mi religión.

Remy se rio al tiempo que meneaba la cabeza.

–Está bien, está bien –dijo.

Shenaz se acercó a la mesa del comedor con una bandeja con tres tazas de té. Cuando Remy cogió la bandeja de sus manos, ella le dio un beso en la mejilla.

–¿Has dormido bien, guapo? –dijo–. ¿La cama es cómoda?

–Como un bebé –mintió él–. Todo genial.

–¿Seguro que tienes que irte a casa de tu madre? ¿No puedes quedarte con nosotros durante el resto del viaje?

–Ojalá –respondió él.

Se preguntó hasta qué punto sabía la pareja lo distante que era la relación con su madre. A pesar de la confianza que tenía con ellos, nunca había hablado de su vida familiar con Jango. Sin embargo, durante su infancia y adolescencia este iba muy a menudo a casa de Remy. Seguro había notado que él estaba mucho más unido a su padre. ¿Se daban cuenta los niños de esas cosas? En cierto modo, habían llevado una vida muy inocente y despreocupada, y todas sus conversaciones giraban en torno a los deportes, la música y las chicas.

–Bueno, aquí siempre eres bienvenido, ya lo sabes –dijo Shenaz. Él sonrió de manera vaga y ella se apresuró a añadir–: Está bien, *chalo*. Quiero terminar de desayunar

antes de que llegue Monaz. ¿Qué te parecen unos *akuri* y unas tostadas francesas?

Remy dejó escapar un gemido.

–Dios mío, ya solo los *akuri* me parecen divinos.

Su madre preparaba ese plato: huevos revueltos especiados con cebolla frita y cilantro, y decorados con frutos secos y pasas. Era su desayuno habitual de los domingos, aunque a veces Remy lo pedía para cenar y su madre nunca se negaba a hacerlo.

–¿Y cómo es? –preguntó Remy con la boca llena–. Tu sobrina.

Jango y Shenaz intercambiaron una mirada de desconcierto.

–Tranquilo, *yaar* –dijo Jango alargando las palabras–. Hace media hora querías comer tostadas a palo seco, ¿te acuerdas?

Shenaz le dio un cachete en la mano a su marido.

–Ya basta de bromas –dijo, y se volvió hacia Remy–. Monaz es... ¿cómo decirlo? Ya sabes, la típica estudiante universitaria. Se le dan muy bien los estudios y esas cosas, pero a la chica le falta calle y experiencia. Creció en un hogar muy protegido, por eso todo este asunto es tan trágico. –Dejó escapar un suspiro–. A ver, Remy, ¿te lo imaginas? Cinco meses sin darse cuenta de que estaba embarazada. ¿Quién puede ser tan ignorante?

Remy sintió una corriente de simpatía por esa joven a la que nunca había conocido.

–En realidad, según Kathy es más frecuente de lo que pensamos. Se llama «embarazo críptico» y la mujer no se da cuenta hasta que está muy avanzado.

–A mí me parece una locura –dijo Shenaz, encogiéndose de hombros–. Aunque supongo que, a los diecinueve

años, nosotros tampoco éramos unas lumbreras. Monaz dice que hace tanto deporte que está acostumbrada a que no le venga la regla durante meses. –Se quedó callada y luego continuó–: Gracias a Dios, al final su mejor amiga la arrastró al médico. Fue entonces cuando se enteró de que estaba embarazada de un niño. Cuando nos dio la noticia, no me lo podía creer.

Remy se sonrojó y bajó la mirada hacia el plato. Demasiada información, pensó. Le habían enviado por correo electrónico la foto de Monaz y enseguida había notado el parecido familiar entre Shenaz y su sobrina: el cabello liso y oscuro, los ojos claros y definidos, los labios carnosos. A menos que el novio de Monaz se pareciera a Shrek, su hijo sería precioso.

Jango carraspeó.

–¡Y pensar que me he tirado un año entero intentando ayudaros a adoptar desde aquí! Créeme, me encontraba en el mismo punto que el día que empecé el proceso. No te haces una idea de cómo es aquí la burocracia, Remy, tío; en este país todo avanza a paso de tortuga. Al final le dije a la trabajadora social: «Arre, señora; a este ritmo, mi amigo será un viejo con barba canosa y dentadura postiza antes de ser padre». Así que, cuando Monaz nos contó lo que pasaba, de inmediato pensé en ti y en Kathy. –Miró de soslayo a su mujer–. Shenaz, en cambio, se quedó tan conmovida que durante varios días fue incapaz de funcionar.

–Tú no conoces a mi hermano Phiroz –dijo ella, dirigiéndose a Remy–. Su mujer y él..., bueno, no son como nosotros. Son gente de pueblo, muy conservadora. Viven en la aldea de Navsari. No sé qué haría Phiroz si se enterara. –Bajó la voz para continuar–: Jango tiene razón: todo esto no habría podido pasar en mejor

momento. Ha sido una bendición. Si vosotros no hubierais estado dispuestos a quedaros con el bebé, no sé qué habríamos hecho.

Remy se mordió la lengua para no hacer la pregunta obvia: ¿por qué no se habían ofrecido Jango y Shenaz a adoptar el bebé de Monaz? Era cierto que Jango siempre había proclamado lo bien que estaban sin hijos y había presumido de lo mucho que valoraban su libertad, la posibilidad de vivir a su aire y sin ataduras. Pero, enfrentados a un niño no deseado en la familia, a buen seguro habrían cambiado de opinión, ¿no? Kathy y él habían llegado a los treinta convencidos de que no querían hijos, pero al cumplir los treinta y uno, Kathy había cambiado de pronto de opinión y él había accedido. En ese momento no se habían planteado que serían incapaces de quedarse embarazados. Remy recordó la pequeña fortuna que se habían gastado en inútiles tratamientos de fertilidad. Y cuando Kathy propuso adoptar a un niño de la India, él había llamado a Jango para pedirle ayuda.

–Sé lo que estás pensando –dijo Shenaz, malinterpretando su expresión–. Te preguntas por qué no abortó Monaz, ¿verdad? –Escrutó su rostro–. ¿Cómo iba a hacerlo? Cuando vino a vernos, el embarazo ya estaba muy avanzado. Qué chica más tonta.

–Todo saldrá bien –dijo Remy, al tiempo que le pasaba el brazo por la cintura–. Esto... Esto es mucho mejor que adoptar a un niño desconocido. Así todo queda en familia. Jango y tú podréis venir a vernos cuando queráis y conocerlo.

–Y además, *yaar*, sabemos que el niño es medio parsi y viene de una buena familia –dijo Jango–. Si hubierais continuado por la otra vía, ¿quién sabe lo que nos habrían dado? Lo más probable es que fuera un huérfano de los

barrios pobres, ¿a que sí? Con Dios sabe qué antecedentes familiares y demás, y casi seguro hindú o musulmán. No hay muchos parsis que den en adopción a sus hijos, ¿verdad?

Aunque Remy había pensado lo mismo al recibir la llamada de Jango en Columbus, se estremeció al oírlo en voz alta. Se consideraba un hombre progresista y laico. Ni Kathy ni él eran religiosos, pero no se podía negar: adoptar a un niño parsi era como ganar la lotería. La tasa de mortalidad de su pequeña y cerrada comunidad era más alta que la de natalidad, y por ello se hallaban en peligro de extinción, con menos de cien mil miembros en todo el mundo. Encontrar un niño procedente de aquella comunidad acomodada y educada era un milagro. Remy no sabía qué opinaba su madre sobre la adopción en general, pero en algún momento tendría que contarle el motivo de aquel viaje y, seguramente, el hecho de conseguir un niño cuyo origen conocían haría que todo el asunto resultara más aceptable para Shirin.

Avergonzado por sus pensamientos, Remy cambió de tema.

—Kathy y yo... Bueno, ya sabéis, nos aseguraremos de que al hijo de Monaz... a nuestro hijo no le falte de nada. Seremos buenos padres, os lo prometo.

—¡Como si tuviéramos alguna duda! —exclamó Jango—. Será el niño más afortunado del mundo. *Arre*, si yo fuera unos años más joven, os habría suplicado a Kathy y a ti que me adoptarais.

Shenaz se dio una palmada en la frente con una exasperación fingida.

—Treinta y seis años y sigue haciendo las mismas bromas ridículas —dijo—. Que Dios me ayude. —Miró a Remy—. ¿Volverás a Bombay para el nacimiento del niño?

Quizá sea mejor que Monaz no tenga ocasión de crear un vínculo con su hijo.

Se hizo un silencio repentino en la mesa, como si la magnitud de la pérdida de Monaz los hubiera golpeado a todos. Remy suspiró.

–Me gustaría –dijo–, pero ya hablaremos con ella sobre lo que prefiere cuando llegue. –Se levantó de la mesa–. Creo que voy a descansar un rato.

–Sí, ve a echarte una siesta –dijo Shenaz–. Debes de estar agotado por el *jet lag*.

Minutos antes de las diez, Remy se despertó sobresaltado y, después de peinarse, se dirigió al salón para esperar a la madre de su futuro hijo. El pulso le latía en un lado del cuello y se puso el dedo índice encima para apaciguarlo. Oía a Shenaz en la cocina, dando instrucciones a la cocinera.

Monaz llegaba tarde, pero no había llamado para avisar y por alguna razón eso decepcionó a Remy. «Relájate –se dijo a sí mismo–. No la vas a adoptar a ella, sino a su hijo». Se imaginó a un niño pequeño caminando con paso vacilante por su jardín de Columbus, un niño espabilado y curioso con pantalones cortos tipo cargo y zapatillas deportivas rojas, y el corazón le dio un leve y extraño vuelco ante la idea. Se removió en la silla, inquieto e incapaz de controlar sus nervios.

Al oír el timbre, se levantó y se quedó de pie mientras Shenaz abría la puerta y dejaba pasar a una joven delgada. Monaz iba vestida con una camiseta blanca, vaqueros azules y zapatillas deportivas, y llevaba una bolsa de cuero colgada del hombro derecho y cruzada sobre el pecho. Parecía sacada de un campus estadounidense, cosa que a Remy le agradó.

Sonrió mientras contemplaba cómo la joven abrazaba a su tía antes de cruzar la alargada sala rectangular hasta llegar junto a él.

–Hola, Monaz –la saludó, tendiendo la mano para estrechar la de ella–. Soy Remy. Me alegro mucho de conocerte.

Solo entonces la pudo mirar bien a la cara y percibió los ojos irritados, la nariz enrojecida y el labio inferior trémulo.

–Hola, tío Remy –respondió la chica–. Lo siento muchísimo, de verdad.

–Ah, no pasa nada –dijo Remy, haciendo un gesto con la mano para quitar importancia a la disculpa–. Tampoco llegas tan tarde.

La chica lo miró y luego frunció el ceño.

–Siento haberte hecho venir desde Estados Unidos, pero voy a quedarme con mi hijo.

Capítulo 2

Remy se quedó como anestesiado mientras escuchaba a Jango y Shenaz reprender a la chica, que estaba encogida sobre sí misma. De todas las opciones que había imaginado, jamás había considerado la posibilidad de que la chica cambiara de opinión. «Nunca he visto a Jango perder los nervios de esta manera», pensó con una extraña sensación de desapego. Shenaz lloraba y acusaba a su sobrina de avergonzarla delante del amigo de la infancia de su marido.

–¿Crees que Remy ha venido aquí dando un paseo desde la playa de Juhu o algo así? –dijo Shenaz–. El pobre hombre ha dejado a su mujer y su negocio en Estados Unidos para coger un avión a la India y conocerte.

–Siempre dije que tenía que conocerlo antes de aceptar –respondió Monaz con el ceño fruncido.

–¿Qué? –Por un instante, Shenaz se quedó sin palabras–. Sí, es verdad. Pero nosotros... pensábamos que ya estaba casi decidido. –El enfado volvió a apoderarse de ella–. ¿Crees que vas a encontrar un hogar mejor para tu hijo que el que pueden darle Remy y Kathy? ¿Recuerdas lo que te conté sobre ellos? Son personas ejemplares, una pareja ejemplar.

–Shenaz, por favor –dijo Remy, saliendo de su aturdimiento–. Vamos a respirar hondo un momento.

Todos se volvieron hacia él, esperando que tomara las riendas de la situación, pero Remy se quedó callado. La

cabeza le daba vueltas, como si el cansancio y la decepción hubieran formado telarañas en su cerebro.

–¿No te da vergüenza dejarme en evidencia de esta manera? –continuó Shenaz–. ¿A quién vamos a encontrar que sea mejor que Remy?

–No hay necesidad de buscar a nadie más –dijo Monaz, en voz más alta y estridente–. Es lo que intento deciros. Me voy a quedar con el niño. Gaurav y yo nos vamos a casar.

Se hizo un silencio teñido de perplejidad y tres pares de ojos se clavaron en la chica mientras ella se sentaba, temblorosa pero desafiante.

–*Chokri* –dijo Shenaz al cabo–, ¿te has vuelto loca? ¿Crees que tu padre te dejará casarte con un chico que no es parsi?

–Tengo diecinueve años. No necesito su permiso.

–La semana pasada nos dijiste que ese tal Gaurav no quería saber nada de ti –intervino Jango–. ¿Y ahora te vas a casar con él?

Monaz abrió la boca para explicarse, pero Remy ya había escuchado suficiente. No necesitaba saber nada más de su vida privada. Su mejor oportunidad para adoptar un niño en la India acababa de esfumarse y se sentía ridículo por haber ido allí corriendo, por haber puesto todos los huevos en el mismo cesto. Una adopción privada le había parecido una solución de lo más elegante.

–Disculpad –dijo, al tiempo que se levantaba–. Tengo que... Tengo que llamar a Kathy.

Se le revolvió el estómago al imaginar la decepción de su mujer. Adoptar a un niño indio había sido idea de ella. «El niño debería parecerse al menos a uno de nosotros, cariño –le había dicho Kathy–. Y conseguir un... niño blanco va a ser difícil». Remy se había puesto tenso ante

la idea de tener otro vínculo que lo atara a un país que había decidido dejar atrás, pero Kathy parecía tan convencida que al final había accedido.

–Remy, espera –exclamó Shenaz–. Estoy segura de que puedo hacer entrar en razón a esta chica.

Él negó con la cabeza.

–Está bien –dijo. Luego se obligó a mirar a Monaz a los ojos y a sonreír–. Buena suerte con todo.

–Lo siento mucho, tío –dijo ella, secándose las lágrimas–. No lo he hecho a propósito, te lo juro.

–Lo sé –respondió él, sintiendo un atisbo de simpatía–. No te preocupes. Enhorabuena.

–¿Que ella qué? –preguntó Kathy.

–Ha cambiado de opinión. Se va a quedar con el bebé –repitió Remy.

–¿Qué?

Él se quedó en silencio, sabiendo que Kathy necesitaría unos minutos para asimilar la noticia.

–Lo siento, cariño –dijo al fin.

–No me lo puedo creer. Quiero decir, ¿cómo se atreve? ¿Con qué derecho?

Remy se abstuvo de constatar lo obvio: que no tenían un acuerdo firmado con Monaz y que, aunque lo tuvieran, no eran el tipo de personas que obligarían a una madre a entregar a su hijo en contra de su voluntad.

–Sabía que debería haberte acompañado. Quizá si ella me hubiera conocido a mí también ...

A él se le encogió el corazón ante el desánimo de Kathy.

–¿Cómo íbas a venir? Tienes esa gran conferencia dentro de poco.

–Lo sé –contestó ella con tristeza–, pero esto era más importante.

–Mira –dijo él, intentando emplear un tono despreocupado–. Tenemos treinta y pico años. Podemos... En cuanto vuelva a casa, empezaremos el proceso en Estados Unidos, ¿vale? De todas formas, prefiero adoptar allí.

Kathy suspiró.

–Esta estúpida idea se me ocurrió a mí. Yo solo... creía que significaría algo para ti. Tener un hijo que viniera de la misma parte del mundo que tú.

Remy sintió una oleada de amor por Kathy, pero no podía explicarle que lo último que deseaba era mantener un vínculo con su país de nacimiento. Una vez que su madre falleciera, incluso sus visitas periódicas a India llegarían a su fin. Su esposa conocía la complicada relación que tenía con su madre, pero ella había crecido en una familia católica irlandesa muy unida, a unos quince kilómetros de donde vivían ahora, y no podía entender la complejidad de sus sentimientos, el hecho de que, si se había marchado a Estados Unidos, era precisamente para alejarse de su casa, de sus recuerdos de infancia teñidos por la extraña dinámica con su madre y empañados por la tristeza del matrimonio de sus padres.

–¿Remy? –dijo Kathy–. ¿Sigues ahí?

–Sí, estoy aquí –respondió él, que en ese momento habría dado cualquier cosa por estar acostado junto a ella en su cama.

–¿Qué vas a hacer ahora?

–Supongo que me ceñiré al resto del plan. Esta tarde iré al piso de mi madre. A sorprenderla. –Sintió cómo su cuerpo se tensaba ante la perspectiva.

–Entonces, ¿te quedarás los diez días igualmente?

–No estoy seguro. Improvisaré. ¿Te importaría que me quedara?

–Haz lo que tengas que hacer. –Kathy se quedó un

momento callada antes de añadir—: ¿Crees es posible que ella... Monaz... cambie de opinión?

A él le costó soportar la débil esperanza que traslucía su voz y se culpó a sí mismo por ello.

—No lo creo, cariño —dijo—. Al parecer, el padre del niño y ella están pensando en casarse.

Se hizo un silencio repentino. El cambio de parecer de Monaz era un muro que no podían franquear.

—Bueno —dijo Kathy al cabo—, será mejor que cuelgue. Es tarde.

Él sabía que se quedaría despierta en la cama, embargada por la decepción, y el hecho de encontrarse a trece mil kilómetros de distancia, sin poder abrazarla, hizo que se enfureciera con la irreflexiva chica de la habitación contigua, que había destruido sus esperanzas tan a la ligera. No debería haber llamado a Kathy a esas horas; debería haberla dejado dormir tranquila.

—Lo siento, cariño —dijo.

—No es culpa tuya.

—Sí lo es. No sé... Tendría que habérmelo imaginado.

—No digas tonterías, Remy —repuso Kathy—. Era imposible que previeras algo así.

«Pero, en realidad, no era imposible», pensó él tras colgar. Por eso se le había encogido el corazón cuando Kathy le había propuesto que adoptaran en la India. ¿Por qué no había dicho nada entonces? ¿Por qué no le había contado la verdad? La India siempre acababa decepcionándote. A menudo pensaba en Bombay como un museo de los fracasos, una galería llena de sueños frustrados y promesas rotas. Los formularios burocráticos merecían por sí solos su propia sala de exposición. ¿Qué demonios le había hecho pensar que adoptar un niño allí sería un proceso sencillo?

Remy recordó una tarde de verano en la que Kathy y él se habían tumbado en la hamaca del jardín trasero de su casa de Columbus. Por entonces, llevaban cinco años casados.

«¿Cuál ha sido el día más feliz de tu vida?», le había preguntado Kathy.

Él sabía que ella esperaba que eligiera el de su boda, o quizá el día en que la había conocido en la fiesta en casa de Ralph Addington, cuando Remy llevaba solo dos meses en Estados Unidos. Pero él le había dicho la verdad: era el día en que había recibido la carta de admisión para cursar el doctorado de Bellas Artes en la universidad de Ohio State. Esa carta había sido su pasaporte para salir del museo de los fracasos y entrar en un nuevo mundo lleno de posibilidades. Y todo había salido mejor de lo que hubiera podido soñar.

«Acortaré mi viaje –pensó ahora Remy–. Pasaré unos días con mamá y luego volveré a casa». Tras la muerte de su padre, había confiado el cuidado de su madre a su primo Pervez y su mujer Roshan, que ahora vivían dos plantas por debajo del piso de su madre. Se reuniría con ellos y con la abogada de la familia, haría las gestiones necesarias para el cuidado de Shirin y luego se marcharía. Nada más lo retenía en Bombay.

Paseó por el dormitorio mientras debatía consigo mismo si unirse o no a los otros tres en el salón. Como en respuesta a su pregunta, Monaz apareció en la puerta.

–Hola –dijo él.

Ella entró en la habitación sin pedir permiso.

–Quería hablar un momento contigo –dijo–. En privado –añadió con el rostro descompuesto–. Para decirte que no soy mala persona. Para explicarte que...

–Tranquila –dijo Remy–. No es asunto mío.

–Pero quiero hacerlo, tío Remy. Cuando me enteré de que estaba embarazada, Gaurav fue la primera persona a la que se lo conté. Estaba aterrada. En fin, ya sabes cómo tratan en la India a las madres solteras. Y, por supuesto, Gaurav lo sabe muy bien, pero... fue muy cruel conmigo. Dijo que bajo ningún concepto iba a ser padre, que después de graduarse tenía planeado ir a la facultad de Derecho y que, además, tenía otra novia. Después, ni siquiera quiso hablar conmigo. Fue entonces cuando acudí a Shenazfui en busca de ayuda.

«¿Y ese es el tipo con el que te vas a casar?», pensó Remy. Su incredulidad debió reflejarse en su rostro, porque Monaz dijo:

–Sé lo que piensas, pero Gaurav ha cambiado, tío Remy. Ayer vino a pedirme perdón y la semana que viene se lo dirá a sus padres. Me ha prometido que nos casaremos antes de que nazca nuestro hijo.

La chica lo miraba con sus grandes ojos llenos de lágrimas y, a su pesar, Remy sintió un hormigueo de preocupación paternal.

–¿Y tus padres estarán de acuerdo? Gaurav es hindú, ¿no?

Una expresión de incertidumbre cruzó el rostro de Monaz, que enseguida recuperó su determinación.

–No me importa. Si quieren ver a su nieto, tendrán que aceptar nuestro matrimonio mixto.

«Esta chica es una combinación extrañísima de temor y valor», pensó Remy. Le caía bien.

–Bueno –dijo–, os deseo toda la suerte del mundo.

–Gracias por tus bendiciones, tío –contestó ella con educación–. Pero también necesito tu perdón. De lo contrario, no tendré un buen matrimonio. No quiero construir mi felicidad sobre vuestra tristeza.

Remy observó a la chica con atención. «Ninguna joven estadounidense se comportaría así», pensó, impresionado al ver con qué seriedad se tomaba su superstición.

—No hay nada que perdonar, Monaz —dijo—. Tienes que hacer lo que sea mejor para ti.

Ella se acercó rápidamente a él y lo rodeó con los brazos.

—Gracias, tío. Eres muy bueno, tal como dijo Shenazfui. Buena suerte a ti y a tu mujer. Rezaré por vosotros.

Capítulo 3

Delante de la puerta del piso de su infancia, Remy respiró hondo y tocó el timbre. Mientras aguardaba, se obligó a dibujar una sonrisa en su rostro y ensayó el «¡Sorpresa!» con el que saludaría a su madre, con la esperanza de que eso aplacara su enfado por no haberla informado de su visita.

Pero quien abrió la puerta fue una joven de piel oscura, y su sonrisa flaqueó.

–¿Sí? –dijo la chica–. *Aap kon?*

–Soy Remy, el hijo de Shirinbai –contestó él. A continuación, cogió su maleta y se dispuso a entrar, pero la mujer le bloqueó el camino–. ¿Puedo pasar? –preguntó él, con más brusquedad de la que había pretendido.

La mujer se apartó.

–Ah, Remy *sahib* –dijo–. Ahora lo reconozco, de las fotos. Por favor, bienvenido. Perdona, nadie me había dicho que iba a venir. Me llamo Hema. Vengo todas las mañanas a barrer y limpiar.

Él asintió y recorrió el salón con la mirada, sorprendido por cómo se había deteriorado desde la última vez que había estado allí. La estancia necesitaba con urgencia una capa de pintura y en el techo había una larga grieta. Los jarrones de cristal tenían una capa de polvo y las ventanas correderas de cristal estaban sucias; saltaba a la vista que hacía tiempo que nadie las limpiaba.

–¿Mi madre está en su habitación? –preguntó.

La mujer frunció el ceño.

—No, señor. Está en el hospital, señor. Pensé que por eso había venido.

A Remy se le hizo un nudo en el estómago.

—¿En el hospital? ¿Por qué, se ha caído?

—No, no, no se cayó. Tenía tos fuerte y fiebre. El médico *sahib* dijo que la trasladaran al hospital. E incluso antes, conseguir que comiera... Uf. Costaba mucho.

—¿No comía?

—¿Cómo iba a hacerlo, señor, si todo el día tose, tose, tose?

¿Por qué demonios no lo había informado Pervez?

—No lo entiendo. ¿Pervez y Roshan no la ayudaban?

Vivían gratis en el apartamento del tercer piso a cambio de cuidar de su madre y Remy había prometido transferirles la propiedad del piso tras la muerte de Shirin. ¿Cuándo era la última vez que había hablado con ellos? Demonios, ¿cuándo era la última vez que había hablado con su madre? ¿Había sido en Navidad? ¿De verdad no la había llamado desde entonces?

—Nunca suben a verla, señor —explicó la mujer al tiempo que miraba a su alrededor con recelo, como si temiera que la pareja se materializase—. La pobre mujer estaba muy enferma. Quise traer aquí a un hombre Dios para hacer un exorcismo, pero Roshanbai se negó.

—¿Un hombre Dios?

—Sí, señor. La gente de mi *basti* acude a él en vez de al médico, pero Roshanbai dice que no cree en el *jadoo*. Brujería, lo llama.

Remy sintió gratitud hacia Roshan por haberle ahorrado a su madre al menos esas tonterías, pero mantuvo una expresión impasible.

—¿Y ahora está en el hospital?

–Sí –dijo Hema–. Ahora está en el Parsee General.

–Ya veo. –Remy se frotó la cara con la mano, tratando de borrar el cansancio repentino que sentía. Se dejó caer en el sofá y procuró recomponerse–. ¿Cuánto tiempo lleva mi madre en el hospital, Hema?

–Varios días, señor.

–¿Y cuánto tiempo llevas tú trabajando aquí?

–Solo unos meses, señor. Roshanbai me había advertido sobre el carácter de la señora, pero conmigo, ningún problema. Dice cuatro o cinco palabras. –Bajó la voz–. Apenas habla, señor.

A Remy lo embargó el pánico. Shirin era particularmente locuaz y crítica con las empleadas del hogar. Cuando su padre aún vivía, habían visto pasar por la casa a un verdadero ejército de criadas debido a sus constantes críticas.

–¿Apenas habla? –repitió.

Hema asintió al tiempo que se retorció las manos.

–¿Quiere una taza de té, señor? –preguntó.

Él le dedicó una mirada inexpresiva antes de tomar una decisión.

–No, estoy bien. Voy... Voy a dejar la maleta en mi cuarto y luego puedes continuar limpiando. Quiero ir a ver a Pervez.

–Como usted quiera, señor. Pero, por favor, si va a bajar, devuélvales la llave de su madre. Yo cerraré la puerta al salir. Roshanbai me da la llave de la casa todas las mañanas para que pueda entrar. Vengo todos los días sobre las diez. ¿Le va bien?

–Claro. No quiero alterar tu rutina.

Hema se dispuso a coger su maleta, pero él le indicó con un gesto que no lo hiciera. «Soy más que capaz de cargar con mi propio equipaje», pensó, y sonrió con amargura

ante la fortuita metáfora mientras se dirigía a la habitación de su infancia.

Remy bajó los dos tramos de escalera y llamó al timbre de Pervez, que se quedó atónito al abrir la puerta.

—*Arre*, Remy —dijo—. ¿Qué haces en Bombay? Bienvenido, *yaar*. Pasa.

A todas luces, a Pervez le había sentado bien el traslado al piso del lujoso edificio de Nepean Sea Road. Parecía haber ganado unos diez kilos y su patético nerviosismo había desaparecido, sustituido por una nueva seguridad en sí mismo. Pervez había dejado su antiguo trabajo en el banco y ahora era socio de una exitosa empresa de juguetes. Aunque el primo de Remy era tan solo unos años mayor que él, nunca habían estado muy unidos. El hermano de Cyrus, Faroukh, había muerto joven y a Pervez lo habían enviado a un internado. Aparte del cheque mensual que el padre de Remy enviaba a la madre de Pervez, las dos familias apenas habían mantenido el contacto mientras Remy crecía.

En aquel momento paseó la mirada por el apartamento, del que todavía era propietario, y se fijó en la nueva capa de pintura, los muebles caros y la lámpara de araña del salón. Aquel piso luminoso y espacioso contrastaba con el apartamento de un solo ambiente en el que Pervez y Roshan vivían tres años atrás. Remy todavía recordaba la pequeña cama de matrimonio en una esquina, el armario que ocupaba un tercio de la habitación, el archivador de metal, la diminuta mesa con dos sillas plegables en el pequeño balcón. Sobre todo, recordaba la ropa doblada y apilada en el suelo.

—Y ¿cómo te has enterado de lo de Shirin? —preguntó Pervez—. Las noticias vuelan en nuestra pequeña comunidad

parsi, ¿eh? ¿Cuándo has llegado? Deberías haberme avisado, *yaar*; te habría recogido en el aeropuerto.

Remy no tenía intención alguna de revelar el verdadero motivo de su visita. Estaba pensando en una respuesta evasiva cuando Roshan entró en la habitación y lo saludó con un cariñoso abrazo y un beso.

—Qué sorpresa más inesperada —dijo—. Ven, siéntate. ¿Qué quieres tomar? ¿Un zumo, quizá? ¿De piña, de mango, de guayaba?

Había una familiaridad cordial y casi posesiva en la forma en que Roshan hablaba con él, que contrastaba con el hecho de que apenas la conocía y de que la primera vez que la había visto fue cuando los visitó en su antiguo apartamento. Tal vez esa familiaridad nacía de las llamadas telefónicas de los últimos tres años, relacionadas con su madre o con el piso. La manera de comportarse de Roshan evidenciaba que consideraba saldada la deuda que tenían con Remy.

Salvo que no parecía que hubieran prestado demasiada atención a su madre en los últimos meses.

—¿Por qué está mi madre en el hospital? Y ¿por qué no me avisasteis?

—Tiene fiebre tifoidea y neumonía —dijo Pervez—. Al parecer, cada tarde le subía mucho la fiebre, pero no nos lo había contado. El médico aconsejó trasladarla porque estaba demasiado débil para quedarse sola en casa.

¿Fiebre tifoidea? ¿Todavía existía esa enfermedad? Remy creía que estaba erradicada.

—¿Sabes que a su edad la neumonía puede ser peligrosa?... —empezó.

Pervez chasqueó la lengua.

—Mira, jefe, cuidar de Shirin no es mi trabajo a tiempo completo. Yo también soy empresario, ¿sabes? Igual que

tú. Shirin sabía que podía contar con nosotros si necesitaba cualquier cosa. No es culpa mía que no nos dijera nada.

–Pero Pervez... –Remy se interrumpió y aguardó hasta haber controlado su rabia para continuar–: ¿No la visitabas lo bastante a menudo como para saber que no estaba bien? Quiero decir... Esa era la única razón para que vivierais en el mismo edificio.

Remy lo dijo con la mayor suavidad posible, pero vio que Roshan hacía una mueca.

–Creo que has olvidado lo difícil que puede ser tu madre –dijo–. Durante el último año, de hecho, dejó de abrir la puerta cuando llamábamos. Y si entrábamos con nuestra llave, se negaba a hablar. Te lo digo, esa mujer es imposible.

–El caso es, jefe –intervino Pervez–, que incluso cuando estaba sana, Shirin era bastante grosera con mi mujer; tanto que hace un año le prohibí a Roshan que la visitara. «*Bas*. Envíale la comida y la cena, y deja que ella se organice», le dije. «Y si despide a otra empleada, que se las apañe sola».

Remy tragó saliva.

–¿Por qué no me lo contaste? –preguntó mientras pensaba: «Pero eso formaba parte de nuestro trato, que lidiaras con sus cambios de humor. Yo fui sincero contigo sobre lo difícil que podía ser mamá».

Roshan le dedicó una mirada rápida a su marido.

–*Arre* –dijo–, ¿para qué preocuparte cuando estabas a trece mil kilómetros de distancia? Además, no has venido ni una sola vez a ver a tu madre después de la muerte tu padre. –Su tono había cambiado–. ¿Acaso ibas a venir corriendo porque ella fuera impertinente con la mujer de tu primo?

«Pues tiene razón», pensó Remy aunque odiaba a Roshan por decirlo.

–Lo siento –musitó–. Con la agencia de publicidad y todo lo demás...

–No, no, lo entendemos –se apresuró a decir Pervez–. Tienes que ocuparte de tu negocio, Remy. El caso es que solucionamos el problema.

–¿Cómo?

–Al cabo de unos días, Shirin recapacitó, *yaar. Chup-chap*, vino a nuestro piso y se comportó como si no pasara nada. Fue amable con Roshan.

En el rostro de Pervez se dibujó una sonrisa triunfal y Remy no tuvo más remedio que devolvérsela aunque, por dentro, sentía una fría rabia hacia su primo por haber puesto a su madre en aquella situación tan humillante. ¿Cuántos años tenía ella, setenta? La pobre dependía de ellos; no hacía ninguna falta que anduvieran dándole lecciones. Aunque, por otro lado, él mismo había delegado sus obligaciones filiales, así que en realidad no podía culparlos.

Una oleada de cansancio y sueño se apoderó de Remy, que se esforzó por mantenerla a raya.

–Así que ya te imaginarás qué susto nos llevamos cuando de repente dejó de hablar –dijo Roshan–. A ver, era una mujer que discutía con las criadas en voz tan alta que se oía desde el descansillo y de golpe, un buen día, *bas*, nada, fin de la historia.

Remy se puso en alerta máxima.

–¿Qué quieres decir?

Roshan frunció el ceño.

–Pensé que se lo habías contado –le dijo a su marido, antes de dirigirse de nuevo a Remy–: No habla. Se ha sumido en un silencio total.

—¿Desde cuándo?

—Desde... No lo sé; hace al menos tres o cuatro meses. Debería haberla llevado al médico en ese momento, pero no sabíamos que algo iba mal hasta que empezó con la tos. Y, aun así, se negó en redondo a salir del piso. —Se dio una palmadita en la mejilla—. *Baap re!* Nunca había oído a alguien toser así. Parecía una enferma de tuberculosis.

Remy se esforzó de nuevo por controlar su ira.

—Pero, Roshan —dijo en voz baja—, ¿no te pareció raro que dejara de hablar? ¿Por qué no averiguaste qué le pasaba? ¿Por qué no consultaste a alguien?

—*Arre*, ¿qué ejército podría obligar a tu madre a hacer algo que ella no quiera? —contestó ella, alzando la voz—. De hecho, la única razón por la que conseguimos llevarla al hospital fue porque se desmayó en casa y el doctor Lokhanwala tuvo la amabilidad de hacerle una visita a domicilio.

Remy se volvió hacia su primo, pero Pervez le devolvió la mirada con actitud impasible. Un pensamiento desconcertante se coló en la cabeza de Remy: al prometer a la pareja el piso de la tercera planta tras la muerte de su madre, ¿les había dado sin querer un incentivo para no cuidarla tanto? Recordó la ansiedad que había sentido al marcharse la última vez que estuvo allí. ¿Le había llevado su impaciencia a ser imprudente?

Pervez se removió, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Mira, primo —dijo—. No llamé porque no quería preocuparte mientras estabas en Estados Unidos. Tengo la esperanza de que vuelva pronto a casa.

Remy se mordió el labio inferior para no llorar. Había intentado delegar sus obligaciones familiares en la

pareja y aquel era su castigo. En cualquier caso, cuando regresara a Columbus tendría que seguir dependiendo de Roshan y Pervez. «Al menos ahora estás aquí», se dijo. No tardaría en poder valorar en persona el estado de su madre.

Trató de recordar cómo sonaba ella cuando la había llamado el día de Navidad. Ahora que lo pensaba, apagada. Pero la había llamado desde el coche mientras iban a casa de la madre de Kathy y él estaba distraído. Aun así, no recordaba que Shirin tosiera. Y, aunque lo hubiera hecho, ella le habría quitado importancia y le habría echado la culpa a la contaminación de la ciudad. Y él habría aceptado gustoso aquella excusa.

Se terminó la bebida y echó la silla hacia atrás.

–Gracias por el zumo, pero tengo que marcharme. Quiero ir a verla al hospital.

–Tengo el día libre, así que si me das tiempo para vestirme puedo llevarte –dijo Pervez.

–No, no –respondió Remy–. Tranquilo, cogeré un taxi.

Pervez le dedicó una mirada penetrante y luego se encogió de hombros.

–Como quieras.

Remy subió de nuevo los dos tramos de escalera hasta el piso de su madre. El tono hostil de Roshan al hablar de Shirin lo había desconcertado. «Pero mamá es de tu propia sangre y tú también tienes conflictos con ella –se recordó–. ¿Qué esperabas, que un par de parientes lejanos consiguieran lo que tú nunca has podido?».

Aun así, sentía una profunda inquietud por haberles prometido el piso tras la muerte de su madre, pues ahora se daba cuenta de que eso significaba que no tenían ninguna motivación para mantenerla con vida. «Qué idiota eres», pensó.

Era algo que había dicho Dina Mehta, la abogada de la familia, lo que había plantado la semilla que llevó a Remy a ponerse en contacto con Pervez. Cyrus había comprado el piso de la tercera planta como inversión y lo había alquilado a directivos del banco HSBC. Pero, tras la muerte del padre de Remy, Dina le informó de que el contrato de alquiler había expirado y le propuso una reducción en el precio para alquilárselo a alguien que pudiera cuidar de Shirin, en lugar de buscar a otro inquilino de empresa. Ofrecer el piso a Pervez y Roshan había parecido una solución elegante a todos sus problemas. Roshan podía preparar las comidas de su madre, acompañarla al médico y hacer sus recados. A cambio, la pareja se mudaría a uno de los barrios más prestigiosos de la ciudad.

Pero, sentado en la abarrotada y triste habitación de Pervez, Remy había empezado a sentir lástima por él. Mientras su primo le contaba cómo sus sobrinos lo habían estafado para quedarse con el piso de su difunta madre, Remy se había oído a sí mismo decir: «Y cuando mamá fallezca –siempre que... bueno, que todo haya ido bien–, podría poner el piso a vuestro nombre de forma permanente. Es decir, que nunca os dejaría tirados, ya lo sabéis».

Al ver la incredulidad reflejada en sus semblantes, Remy se había preguntado por qué ninguno de los cuentos que leía de niño hablaba del placer que experimentaban el genio o el hada madrina al conceder deseos. Aunque su padre estaba muerto, Remy había sentido la aprobación de Cyrus al salir de aquel lúgubre piso de una sola estancia. Al fin y al cabo, ¿por qué había sido su vida distinta de la de Pervez, salvo por un capricho del destino? El padre de Pervez no solo había muerto cuando

él era pequeño, sino que además Faroukh carecía del empuje y la energía de su hermano menor. Si los papeles se hubieran invertido –si Remy hubiera sido hijo de Faroukh en lugar de Cyrus–, habría esperado que alguien se portara igual de bien con él.

Tras proponerles el acuerdo, había llamado a Kathy, convencido de que ella apoyaría su noble gesto, pero, para su sorpresa, no lo había hecho. Con los elevados precios del mercado inmobiliario de Bombay, le dijo que había regalado una pequeña fortuna sin consultárselo. Discutieron; Kathy le recordó que podían haber conservado el piso de la tercera planta para alojarse allí siempre que visitaran Bombay. Remy había entendido lo que Kathy era demasiado educada para decir: que sin la presencia conciliadora de Cyrus no tenía ningún deseo de quedarse en casa de Shirin. Pero Remy no podía retractarse de su palabra y, si Kathy hubiera visto el destartado piso de Pervez, habría estado de acuerdo con él. Entre el sueldo de Kathy como pediatra y la próspera agencia de publicidad de él, llevaban una vida más que acomodada. Por no hablar del hecho de que, un día, él heredaría el piso de su madre, que valía una fortuna.

Ahora, por primera vez, Remy pensó que tal vez Kathy había tenido razón desde el principio.